

CAPÍTULO 7: ¿DEBO AGONIZAR?

LA ORACIÓN se mide, no por el tiempo, sino por la intensidad. Las almas sinceras que leen acerca de hombres como Praying Hyde se preguntan hoy con ansiedad: «¿Se espera que yo ore así?»

Oyen hablar de otros que a veces permanecen de rodillas ante Dios todo el día o toda la noche, rechazando la comida y desdeñando el sueño, mientras oran y oran y oran. Naturalmente se preguntan: «¿Debemos hacer lo mismo? ¿Debemos todos seguir sus ejemplos?» Debemos recordar que aquellos hombres de oración no oraban por tiempo. Continuaban tanto tiempo en oración porque no podían dejar de orar.

Algunos se han atrevido a pensar que en lo que se ha dicho en capítulos anteriores he insinuado que todos debemos seguir en su estela. Hijo de Dios, no dejes que tal pensamiento — ¿tal temor? — te angustie. Solo sé dispuesto a hacer lo que Él quiera que hagas — lo que Él te guíe a hacer. Piensa en ello; ora al respecto. El Señor Jesús nos manda orar a nuestro amoroso Padre Celestial. A veces cantamos: «Oh, ¡cómo Él ama!» Y nada puede sondear ese amor.

La oración no se nos da como una carga que soportar, o un deber molesto que cumplir, sino para ser un gozo y un poder sin límites. Se nos da para que «hallemos gracia para el oportuno socorro» (Heb. 4:16, R.V.). Y cada momento es un «tiempo de necesidad». «Orad» es una invitación que debe aceptarse más que un mandato que debe obedecerse. ¿Es una carga para un niño venir a su padre a pedir algún favor? ¡Cómo ama un padre a su hijo y busca su mayor bien! ¡Cómo protege a ese pequeñito de cualquier tristeza, dolor o sufrimiento! Nuestro Padre Celestial nos ama infinitamente más que cualquier padre terrenal. El Señor Jesús nos ama infinitamente más que cualquier amigo terrenal. Dios me perdone si alguna de mis palabras, sobre un tema tan precioso como la oración, ha herido los corazones o las conciencias de aquellos que anhelan saber más acerca de la oración. «Vuestro Padre celestial sabe», dijo nuestro Señor: y si Él sabe, solo podemos confiar y no tener miedo.

Un maestro de escuela puede culpar a un niño por la tarea descuidada, o la asistencia impuntual, o las ausencias frecuentes; pero el padre amoroso en el hogar lo sabe todo. Él sabe todo acerca del servicio devoto del pequeño muchacho en el círculo del hogar, donde la enfermedad o la pobreza ponen tantas tareas amorosas en su camino. Nuestro querido y amoroso Padre lo sabe todo acerca de nosotros. Él ve. Él sabe cuán poco tiempo libre tienen algunos de nosotros para períodos prolongados de oración.

Para algunos de nosotros, Dios hace el tiempo libre. Él nos hace descansar (Sal. 23:2) para hacernos mirar hacia arriba. Aun así, la debilidad del cuerpo a menudo impide la oración prolongada. Sin embargo, dudo que alguno de nosotros, por grandes y razonables que sean nuestras excusas, dedique suficiente pensamiento a nuestras oraciones. Algunos de nosotros estamos obligados a ser mucho en oración. Nuestro mismo trabajo lo demanda. Puede que se nos considere líderes espirituales; puede que tengamos el bienestar espiritual o la formación de otros. ¡Dios no permita que pequemos contra el Señor dejando de orar lo suficiente por ellos (I Sam. 12:23)! Sí, para algunos, es nuestro mismo negocio — casi el trabajo de nuestra vida — orar. Otros —

Tienen amigos que les causan dolor,

Pero no han buscado un Amigo en Él.

Por ellos no podemos dejar de orar. Si tenemos la carga de las almas sobre nosotros, nunca preguntaremos: «¿Cuánto tiempo necesito orar?»

¡Pero qué bien conocemos las dificultades que rodean la vida de oración de muchos! Un pequeño montón de cartas yace ante mí mientras escribo. Están llenas de excusas, y protestas amables, y razonamientos, es cierto. ¿Pero es esa la razón por la que fueron escritas? ¡No! ¡No! Lejos de ello. En cada una de ellas hay una corriente subyacente de profundo anhelo por conocer la voluntad de Dios, y cómo obedecer el llamado a la oración en medio de las innumerables demandas de la vida.

Esas cartas hablan de muchos que no pueden apartarse de otros para tener momentos de oración secreta; de aquellos que comparten incluso los

dormitorios; de madres ocupadas, y sirvientas, y amas de casa que apenas saben cómo arreglárselas con el lavado y la cocina interminables, el remiendo y la limpieza, las compras y las visitas; de trabajadores cansados que están demasiado agotados para orar cuando termina el trabajo del día.

Hijo de Dios, nuestro Padre Celestial lo sabe todo. Él no es un capataz. Él es nuestro Padre. Si no tienes tiempo para orar, o ninguna oportunidad de oración secreta, pues, simplemente cuéntaselo todo — ¡y descubrirás que estás orando!

Para aquellos que parecen incapaces de conseguir soledad alguna, o incluso la oportunidad de escabullirse a una iglesia tranquila por unos momentos, ¿podemos señalar la maravillosa vida de oración de San Pablo? ¿Se te ha ocurrido alguna vez que estaba en prisión cuando escribió la mayoría de esas oraciones maravillosas tuyas que poseemos? Imagínalo. Estaba encadenado a un soldado romano día y noche, y nunca estaba solo ni por un momento. Epafras estuvo allí parte del tiempo, y captó algo de la pasión de su maestro por la oración. San Lucas puede haber estado allí. ¡Qué reuniones de oración! Sin oportunidad para la oración secreta. ¡No! Pero, ¿cuánto le debemos a la elevación de aquellas manos encadenadas? Tú y yo podemos no estar nunca, o rara vez, solos, pero al menos nuestras manos no están sujetas con cadenas, y nuestros corazones no están sujetos, ni nuestros labios.

¿Podemos hacer tiempo para orar? Puedo estar equivocado, pero mi propia creencia es que no es la voluntad de Dios para la mayoría de nosotros — y quizás para ninguno de nosotros — pasar tanto tiempo en oración como para dañar nuestra salud física por no dormir o comer lo suficiente. Para muchos es una imposibilidad física, debido a la debilidad corporal, permanecer mucho tiempo en el espíritu de oración intensa.

La postura en la que oramos es irrelevante. Dios escuchará ya sea que nos arrodillemos, o estemos de pie, o sentados, o caminemos, o trabajemos.

Soy muy consciente de que muchos han testificado que Dios a veces da fuerza especial a aquellos que recortan sus horas de descanso para orar más. En un tiempo, el escritor intentó levantarse muy temprano en la mañana — y cada

mañana — para orar y tener comunión con Dios. Después de un tiempo, descubrió que su trabajo diario sufría en intensidad y eficacia, y que era difícil mantenerse despierto durante las primeras horas de la noche. Pero, ¿oramos tanto cómo podríamos? Es un pesar duradero para mí el haber permitido que los días de juventud y vigor pasaran sin poner más énfasis en aquellas horas tempranas de oración.

Ahora, el mandato inspirado es suficientemente claro: «Orad sin cesar» (I Tes. v:17). Nuestro querido Señor dijo: «Los hombres deben orar siempre, y no desmayar» — «y nunca perder el corazón» (Weymouth) (Lucas 28:1).

Esto, por supuesto, no puede significar que debamos estar siempre de rodillas. Estoy convencido de que Dios no desea que descuidemos el trabajo legítimo para orar. Pero es igualmente cierto que podríamos trabajar mejor y hacer más trabajo si dedicáramos menos tiempo al trabajo y más a la oración.

Trabajemos bien. Hemos de ser «no perezosos en lo que requiere diligencia» (Rom. 12:11). San Pablo dice: «Os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más; y que... hagáis vuestros propios negocios, y trabajéis con vuestras manos... a fin de que andéis honradamente... y no tengáis necesidad de nada» (I Tes. iv:11, 12). «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma» (II Tes. 3:10).

Pero, ¿no hay oportunidades sin fin durante cada día de «levantar manos santas» — o al menos corazones santos — en oración a nuestro Padre? ¿Aprovechamos la oportunidad, al abrir los ojos en cada nuevo día, de alabar y bendecir a nuestro Redentor? Cada día es un día de Pascua para el cristiano. Podemos orar mientras nos vestimos. Sin un recordatorio, a menudo lo olvidaremos. Pega un trozo de papel de estampillas en la esquina de tu espejo, con las palabras: «Orad sin cesar». Pruébalo. Podemos orar mientras pasamos de un deber a otro. A menudo podemos orar en nuestro trabajo. El lavado y la escritura, el remiendo y el cuidado, la cocina y la limpieza se harán mucho mejor por ello.

¿No trabajan y juegan mejor los niños, tanto jóvenes como mayores, cuando algún ser querido los está mirando? ¿No nos ayudará recordar siempre que el

Señor Jesús está siempre con nosotros, mirando? Sí, y ayudando. La misma conciencia de Su ojo sobre nosotros será la conciencia de Su poder dentro de nosotros.

¿No crees que San Pablo tenía en mente esta oración habitual más que los tiempos fijos de oración cuando dijo: «El Señor está cerca» — es decir, está cerca (Weymouth). «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias» (Fil. iv:5, 6)? ¿No sugiere «en todo» que, conforme una cosa tras otra nos sobreviene, momento a momento, deberíamos hacer de ello, allí mismo, una «cosa» de oración y alabanza al Señor que está cerca? (¿Por qué deberíamos limitar esta «cercanía» a la Segunda Venida?)

Qué pensamiento bendito: la oración es a un Dios cercano. Cuando nuestro Señor envió a Sus discípulos a trabajar, dijo: «He aquí, yo estoy con vosotros todos los días».

Sir Thomas Browne, el célebre médico, había captado este espíritu. Hizo un voto «de orar en todos los lugares donde la quietud lo invitara; en cualquier casa, camino o calle; y de no conocer ninguna calle en esta ciudad que no pueda dar testimonio de que no me he olvidado de Dios y de mi Salvador en ella; y que ningún pueblo o parroquia donde haya estado pueda no decir lo mismo. Tomar ocasión de orar ante la vista de cualquier iglesia que vea mientras cabalga. Orar diaria y particularmente por mis pacientes enfermos, y por todos los enfermos, bajo cuyo cuidado estén. Y a la entrada de la casa del enfermo decir: "La paz y la misericordia de Dios sean sobre esta casa". Después de un sermón, hacer una oración y desear una bendición, y orar por el ministro».

Pero cuestionamos si esta comunión habitual con nuestro bendito Señor es posible a menos que tengamos tiempos — ya sean largos o breves — de oración definida. ¿Y qué de estas temporadas de oración? Hemos dicho antes que la oración es tan simple como un niño pequeño pidiendo algo a su padre. Tampoco necesitaría tal observación ningún comentario adicional, si no fuera por la existencia del maligno.

No hay duda alguna de que el diablo se opone a nuestro acercamiento a Dios en oración, y hace todo lo que puede para prevenir la oración de fe. Su principal manera de obstaculizarnos es tratar de llenar nuestras mentes con el pensamiento de nuestras necesidades, para que no estén ocupadas con pensamientos de Dios, nuestro amoroso Padre, a quien oramos. Él quiere que pensemos más en el don que en el Dador. El Espíritu Santo nos guía a orar por un hermano. Llegamos hasta «Oh Dios, bendice a mi hermano» — ¡y nuestros pensamientos se van hacia el hermano, y sus asuntos, y sus dificultades, sus esperanzas y sus temores, y la oración se va!

¡Cuán difícil hace el diablo que nos concentremos en Dios! Esta es la razón por la que instamos a la gente a obtener una realización de la gloria de Dios, y el poder de Dios, y la presencia de Dios, antes de ofrecer cualquier petición. Si no hubiera diablo, no habría dificultad en la oración, pero es el objetivo principal del maligno hacer la oración imposible. Es por eso que la mayoría de nosotros encontramos difícil simpatizar con aquellos que profesan condenar lo que llaman «vanas repeticiones» y «palabrería» en la oración — citando las palabras de nuestro Señor en su sermón del monte.

Un vicario prominente de Londres dijo muy recientemente: «Dios no desea que desperdiciemos ni Su tiempo ni el nuestro con oraciones largas. Debemos ser prácticos en nuestros tratos con Dios, y simplemente decirle clara y brevemente lo que queremos, y dejar el asunto ahí». Pero, ¿piensa nuestro amigo que la oración es meramente informar a Dios de nuestras necesidades? Si eso es todo lo que hay en ello, pues, ¡no hay necesidad de orar! «Porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que le pidáis», dijo nuestro Señor al instar a los discípulos a orar.

Somos conscientes de que Cristo mismo condenó algunas «largas oraciones» (Mat. 23:14). Pero eran oraciones largas hechas «para hacer apariencia», «para ser vistos» (Lucas 20:47). Queridos hermanos que oran, creedme, el Señor condenaría igualmente muchas de las «largas oraciones» hechas cada semana en algunas de nuestras reuniones de oración — oraciones que matan la reunión de

oración, y que terminan con una súplica para que Dios escuche estos «débiles suspiros» o «indignas expresiones».

Pero Él nunca condena las oraciones largas que son sinceras. No olvidemos que nuestro Señor a veces pasaba noches enteras en oración. Se nos cuenta de una de ellas — no sabemos con qué frecuencia ocurrían (Lucas 6:12). A veces se levantaba «muy de mañana, siendo aún muy oscuro» y se iba a un lugar solitario para orar (Marcos 1:35). El Hombre perfecto pasó más tiempo en oración que nosotros. Parecería un hecho indudable que con los santos de Dios en todas las edades, las noches de oración con Dios han sido seguidas por días de poder con los hombres.

Tampoco nuestro Señor se excusó de la oración — como nosotros, en nuestra ignorancia, podríamos pensar que Él podría haber hecho — debido a los llamados apremiantes al servicio y las ilimitadas oportunidades de utilidad. Después de uno de Sus días más ocupados, en un momento en que Su popularidad estaba en su punto más alto, justo cuando todos buscaban Su compañía y Su consejo, les dio la espalda a todos y se retiró a un monte para orar (Mat. 24:23).

Se nos dice que una vez «grandes multitudes se reunieron para oírle, y para ser sanados de sus enfermedades». Entonces viene la observación: «Pero Jesús mismo se retiraba constantemente al desierto, y allí oraba» (Lucas 5. 15, 16, Weymouth). ¿Por qué? Porque Él sabía que la oración era entonces mucho más potente que el «servicio».

Decimos que estamos demasiado ocupados para orar. Pero cuanto más ocupado estaba nuestro Señor, más oraba. A veces no tenía tiempo ni para comer (Marcos 3. 20); y a veces no tenía tiempo para el descanso y el sueño necesarios (Marcos 6. 31). Sin embargo, Él siempre tomaba tiempo para orar. Si la oración frecuente, y, a veces, las largas horas de oración, eran necesarias para nuestro Salvador, ¿son menos necesarias para nosotros?

No escribo para persuadir a la gente a estar de acuerdo conmigo: eso es un asunto muy pequeño. Solo queremos saber la verdad. Spurgeon dijo una vez: «No hay necesidad de que andemos con rodeos, sin decirle al Señor claramente lo que

es que anhelamos de Sus manos. Tampoco será digno de nosotros hacer ningún intento de usar un lenguaje fino; sino pidamos a Dios de la manera más simple y directa exactamente las cosas que queremos. . . . Creo en las oraciones de negocios. Me refiero a oraciones en las que tomas a Dios una de las muchas promesas que Él nos ha dado en Su Palabra, y esperas que se cumpla tan ciertamente como esperamos que se nos dé el dinero cuando vamos al banco a cobrar un cheque. No deberíamos pensar en ir allí, holgazaneando sobre el mostrador charlando con los empleados sobre todo tema concebible excepto la única cosa para la cual habíamos ido al banco, y luego irnos sin la moneda que necesitábamos; sino que deberíamos presentar al empleado la promesa de pagar al portador una cierta suma, decirle en qué forma deseábamos tomar la cantidad, contar el efectivo después de él, y luego seguir nuestro camino para atender otros negocios. Eso es solo una ilustración del método en el cual deberíamos obtener suministros del Banco del Cielo». ¡Espléndido!

Pero, ¿—? Ciertamente seamos definidos en la oración; ciertamente dejemos a un lado la elocuencia — ¡si es que tenemos alguna! Ciertamente evitemos la «charla» innecesaria, y vengamos con fe, esperando recibir.

Pero, ¿me pasaría el empleado del banco el dinero por el mostrador tan fácilmente si estuviera a mi lado un rufián poderoso, de aspecto malvado y bien armado, a quien él reconociera como un criminal desesperado que espera arrebatarse el dinero antes de que mis débiles manos puedan sujetarlo? ¿No esperaría hasta que el rufián se hubiera ido? Esta no es una imagen fantasiosa. La Biblia nos enseña que, de una manera u otra, Satanás puede obstaculizar nuestras oraciones y retrasar la respuesta. ¿No insta San Pedro ciertas cosas a los cristianos, para que sus «oraciones no sean estorbadas»? (1 Pedro 3. 7). Nuestras oraciones pueden ser estorbadas. «Entonces viene el maligno y arrebató lo que fue sembrado en el corazón» (Mateo 13. 19, R.V.).

La Escritura nos da un ejemplo — probablemente solo uno entre muchos — donde el maligno realmente retuvo — retrasó — por tres semanas una respuesta a la oración. Solo mencionamos esto para mostrar la necesidad de la oración repetida, la persistencia en la oración, y también para llamar la atención al poder

extraordinario que Satanás posee. Nos referimos a Daniel 10. 12, 13: «No temas, Daniel, porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender, y a humillarte delante de Dios, tus palabras fueron oídas; y yo he venido por causa de tus palabras. Pero el príncipe del reino de Persia se me opuso veintiún días. Pero he aquí, Miguel, uno de los principales príncipes, vino a ayudarme».

No debemos pasar por alto esta oposición satánica y obstáculo a nuestras oraciones. Si hubiéramos de contentarnos con pedir a Dios solo una vez por alguna cosa prometida o que consideráramos necesaria, estos capítulos nunca se habrían escrito. ¿No hemos de preguntar nunca más? Por ejemplo, sé que Dios no quiere la muerte del pecador. Así que vengo con valentía en oración: «Oh Dios, salva a mi amigo». ¿No he de preguntar nunca más por su conversión? George Muller oró diariamente — y más a menudo — durante sesenta años por la conversión de un amigo. Pero, ¿qué luz arroja la Biblia sobre las oraciones «de negocios»? Nuestro Señor dio dos parábolas para enseñar la persistencia y la constancia en la oración. El hombre que pidió tres panes a su amigo a medianoche recibió tantos como necesitaba «por su importunidad» — o persistencia (Weymouth), es decir, su «desvergüenza», como la palabra significa literalmente (Lucas 11. 8). La viuda que «molestó» al juez injusto con su «continua venida» finalmente obtuvo reparación. Nuestro Señor añade: «¿Y no vengará Dios a sus escogidos, que claman a él día y noche, aunque sea longánimo para con ellos?» (Lucas 18. 7, R.V.)

¡Cuán complacido estaba nuestro Señor con la pobre mujer sirofenicia que no aceptaba negativas ni rechazos como respuesta! Debido a su continua petición, Él dijo: «Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres» (Mateo 15. 28). Nuestro querido Señor, en Su agonía en Getsemaní, encontró necesario repetir incluso Su oración. «Y dejándolos, se fue y oró por tercera vez, diciendo otra vez las mismas palabras» (Mateo 26. 44). Y encontramos a San Pablo, el apóstol de la oración, pidiendo a Dios una y otra vez que quitara su espina en la carne. «Respecto a lo cual», dice, «tres veces rogué al Señor que lo quitara de mí» (2 Corintios 12. 8).

Dios no siempre puede conceder nuestras peticiones inmediatamente. A veces no estamos preparados para recibir el don. A veces Él dice «No» para darnos algo mucho mejor. Piensa también en los días cuando San Pedro estaba en prisión. Si tu hijo estuviera injustamente encarcelado, esperando la muerte en cualquier momento, ¿estarías — podrías — contento con orar solo una vez, una oración «de negocios»: «Oh Dios, libra a mi hijo de las manos de estos hombres»? ¿No estarías muy dedicado a la oración y muy ferviente?

Así es como la Iglesia oró por San Pedro. «Larga y ferviente oración fue ofrecida a Dios por la Iglesia en su favor» (Hechos 12. 5, Weymouth). Los estudiantes de la Biblia habrán notado que la traducción de la versión A.V., «sin cesar», lee «fervientemente» en la R.V. El Dr. Torrey señala que ninguna de las dos traducciones da la fuerza completa del griego. La palabra significa literalmente «estirada-mente». Representa el alma en la tensión del deseo ferviente e intenso. Oración intensa fue hecha por San Pedro. La misma palabra se usa de nuestro Señor en Getsemaní: «Y estando en agonía, oraba más intensamente; y su sudor era como grandes gotas de sangre que caían sobre la tierra» (Lucas 22. 44).

¡Ah! Hubo fervor, incluso agonía en la oración. Ahora, ¿qué hay de nuestras oraciones? ¿Estamos llamados a agonizar en oración? Muchos de los queridos santos de Dios dicen «¡No!» Creen que tal agonía en nosotros revelaría gran falta de fe. Sin embargo, la mayoría de las experiencias que sobrevinieron a nuestro Señor han de ser nuestras. Hemos sido crucificados con Cristo, y hemos resucitado con Él. ¿No habrá, con nosotros, ningún dolor de parto por las almas?

Vuelve a la experiencia humana. ¿Podemos refrenarnos de agonizar en oración por hijos amados que viven en pecado? Dudo que cualquier creyente pueda tener la carga de las almas sobre él — una pasión por las almas — y no agonizar en oración.

¿Podemos evitar clamar, como Juan Knox: «Oh Dios, dame Escocia o muero»? Aquí otra vez la Biblia nos ayuda. ¿No hubo dolor de parto del alma y agonía en la oración cuando Moisés clamó a Dios: «Oh, este pueblo ha pecado

con un gran pecado, y se han hecho dioses de oro. Ahora, pues, si perdonarás su pecado —; y si no, bórrame, te ruego, de tu libro»? (Éxodo 32. 32.)

¿No hubo agonía en la oración cuando San Pablo dijo: «Desearía» — («oraría», marg. R.V.) — «ser yo mismo anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos»? (Romanos 9. 3.)

Podemos, en todo caso, estar bastante seguros de que nuestro Señor, que lloró sobre Jerusalén, y que «ofreció oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas» (Hebreos 5. 7), no se entristecerá si nos ve llorando por los descarriados. Más bien, ¿no alegrará Su corazón vernos agonizando por el pecado que a Él le aflige? De hecho, ¿no podría ser la escasez de conversiones en tantos ministerios debida a la falta de agonía en la oración?

Se nos dice que «Antes de estar de parto, dio a luz; antes de que le vinieran los dolores, dio a luz un hijo» (Isaías 66. 8). ¿Estaba San Pablo pensando en este pasaje cuando escribió a los Gálatas: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a estar de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros»? (Gálatas 4. 19). ¿Y no será esto cierto de los hijos espirituales? ¡Oh, cuán fríos están a menudo nuestros corazones! ¡Cuán poco nos afligimos por los perdidos! ¿Y osaremos criticar a aquellos que agonizan por los que perecen? ¡Dios no lo permita! No; existe tal cosa como luchar en la oración. No porque Dios no esté dispuesto a responder, sino por la oposición de los «gobernadores de las tinieblas de este mundo» (Efesios 6. 12, R.V.).

La misma palabra usada para «luchar» en la oración significa «un combate». El combate no es entre Dios y nosotros mismos. Él está de acuerdo con nosotros en nuestros deseos. El combate es con el maligno, aunque es un enemigo vencido (1 Juan 3. 8). Él desea frustrar nuestras oraciones.

«No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales» (Efesios 6. 12). Nosotros también estamos en estos «lugares celestiales en Cristo» (Efesios 1. 3); y es solo en Cristo que podemos ser victoriosos. Nuestra lucha puede ser una lucha de nuestros

pensamientos para no pensar las sugerencias de Satanás, y mantenerlos fijos en Cristo nuestro Salvador — es decir, velando además de orando (Efesios 6. 18); «velando en oración».

Somos consolados por el hecho de que «el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad: porque no sabemos orar como debemos» (Romanos v3. 26). ¿Cómo nos «ayuda» el Espíritu, nos enseña, si no es por ejemplo además de por precepto? ¿Cómo «ora» el Espíritu? «El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Romanos v3. 26). ¿«Agoniza» el Espíritu en oración como el Hijo lo hizo en Getsemaní?

Si el Espíritu ora en nosotros, ¿no compartiremos Sus «gemidos» en la oración? Y si nuestra agonía en la oración debilita nuestro cuerpo en ese momento, ¿vendrán ángeles a fortalecernos, como lo hicieron con nuestro Señor? (Lucas 22. 43.) Quizás, como Nehemías, podamos llorar, y hacer duelo, y ayunar cuando oremos delante de Dios (Nehemías 1. 4). «Pero», pregunta alguien, «¿no podría un dolor piadoso por el pecado y un anhelante deseo por la salvación de otros inducir en nosotros una agonía que es innecesaria y deshonrosa para Dios?»

¿No podría revelar una falta de fe en las promesas de Dios? Quizás pueda hacerlo. Pero hay poca duda de que San Pablo consideraba la oración — al menos a veces — como un conflicto (ver Romanos 15. 30). Al escribir a los cristianos colosenses dice: «Quiero que sepáis cuán gran lucha tengo por vosotros . . . y por todos los que no han visto mi rostro en la carne; para que sus corazones sean consolados» (Colosenses 2. 1, 2). Sin duda se refiere a sus oraciones por ellos.

Otra vez, habla de Epafras como alguien que «siempre lucha por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y plenamente seguros en toda la voluntad de Dios» (Colosenses 4. 12).

La palabra para «luchar» es nuestra palabra «agonizar», la misma palabra usada de nuestro Señor al estar «en agonía» cuando oraba (Lucas 22. 44).

El apóstol dice otra vez: Epafras «tiene mucho trabajo por vosotros», es decir, en sus oraciones. San Pablo lo vio orando allí en la prisión, y fue testigo de su

intensa lucha mientras se involucraba en un largo e incansable esfuerzo en favor de los colosenses. ¡Cuánto debió maravillarse la guardia pretoriana a la que San Pablo estaba encadenado — sí, y haber sido profundamente conmovida — al ver a estos hombres en sus oraciones! Su agitación, sus lágrimas, sus fervientes súplicas mientras levantaban manos encadenadas en oración debieron haber sido una revelación para él! ¿Qué pensarían de nuestras oraciones?

Sin duda San Pablo hablaba de su propia costumbre cuando instaba a los cristianos efesios y a otros a «estar firmes», «con toda oración y súplica, orando en todo tiempo en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos, y por mí . . . embajador en cadenas» (Efesios 6. 18-20). Eso es un cuadro de su propia vida de oración, podemos estar seguros.

Así pues, la oración encuentra obstáculos, que deben ser orados hasta que desaparezcan. Eso es lo que los hombres quieren decir cuando hablan de orar hasta vencer. Debemos luchar contra las maquinaciones de Satanás. Puede ser cansancio corporal o dolor, o las reclamaciones insistentes de otros pensamientos, o la duda, o los asaltos directos de las huestes espirituales de maldad. Con nosotros, como con San Pablo, la oración es algo de un «conflicto», una «lucha», al menos a veces, que nos obliga a «despertarnos» a nosotros mismos «para echar mano de Dios» (Isaías 64. 7). ¿Estaríamos equivocados si nos atreviéramos a sugerir que muy pocas personas luchan alguna vez en la oración? ¿Lo hacemos nosotros? Pero nunca dudemos del poder de nuestro Señor y de las riquezas de Su gracia.

La autora de *El Secreto de una Vida Feliz* contó a un pequeño círculo de amigos, justo antes de su muerte, un incidente de su propia vida. Quizás se me permita contarle en público. Una amiga que ocasionalmente le hacía una visita de dos o tres días era siempre una gran prueba, un verdadero impuesto sobre su temperamento y su paciencia. Cada una de esas visitas exigía mucha preparación en oración. Llegó el tiempo en que esta «cristiana crítica» planeó una visita de una semana entera. Sintió que nada más que una noche entera de oración podía fortificarla para esta gran prueba. Así que, proveyéndose de un pequeño plato de galletas, se retiró a buena hora a su dormitorio, para pasar la noche de rodillas

delante de Dios, para suplicarle que le diera gracia para mantenerse dulce y amorosa durante la inminente visita. Tan pronto como se arrodilló junto a su cama, le vinieron a la mente las palabras de Filipenses 4. 19: «Dios suplirá toda necesidad vuestra conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús». Sus temores desaparecieron. Ella dijo: «Cuando me di cuenta de eso, le di gracias y le alabé por Su bondad. Entonces salté a la cama y dormí toda la noche. Mi invitada llegó al día siguiente, y disfruté bastante de su visita».

Nadie puede establecer reglas rígidas e inflexibles de oración, ni siquiera para sí mismo. Solo el gracioso Espíritu Santo de Dios puede dirigirnos momento a momento. Allí, sin embargo, debemos dejar el asunto. Dios es nuestro juez y nuestro Guía. Pero recordemos que la oración es una cosa de muchos aspectos. Como dice el obispo Moule: «La verdadera oración puede ser pronunciada bajo innumerables circunstancias». Muy a menudo:

La oración es la carga de un suspiro,
la caída de una lágrima,
la mirada hacia arriba de un ojo
cuando nadie sino Dios está cerca.

Puede ser simplemente dar a conocer tu petición delante de Dios (Filipenses 4. 6). No podemos pensar que la oración necesite ser siempre un conflicto y una lucha. Porque si lo fuera, muchos de nosotros pronto nos convertiríamos en ruinas físicas, sufriendo de colapso nervioso, y llegando a una tumba temprana.

Y para muchos es una imposibilidad física permanecer cualquier cantidad de tiempo en una postura de oración. El Dr. Moule dice: «La oración, genuina y victoriosa, se ofrece continuamente sin el menor esfuerzo físico o perturbación. Es a menudo en la más profunda quietud del alma y del cuerpo que logra su camino más largo. Pero hay otro lado del asunto. La oración nunca está destinada a ser indolentemente fácil, por muy simple y confiada que pueda ser. Está destinada a ser una transacción infinitamente importante entre el hombre y Dios.

Y por lo tanto, muy a menudo . . . tiene que ser vista como un trabajo que implica labor, persistencia, conflicto, si ha de ser oración de verdad».

Nadie puede prescribir por otro. Que cada uno esté plenamente convencido en su propia mente de cómo orar, y el Espíritu Santo nos inspirará y guiará cuánto tiempo orar. Y que todos estemos tan llenos del amor de Dios nuestro Salvador que la oración, en todo tiempo y en todo lugar, sea un gozo así como un medio de gracia.

Pastor Divino, nuestras necesidades alivia

En este y en cada día;

A todos Tus seguidores tentados da

El poder de velar y orar.

El espíritu de la gracia intercesora

Danos la fe para reclamar;

Para luchar hasta que veamos Tu rostro

Y conozcamos Tu Nombre oculto.